

Antisemitismo y Holocausto: Reflexiones

ELIMAT Y. JASON*

Si mi teoría de la relatividad se comprueba, Alemania clamará que soy alemán, y Francia dirá que soy ciudadano del mundo. Si mi teoría resulta falsa, Francia dirá que soy alemán y Alemania dirá que soy judío.

*(The New York Times, 16.02.1930,
recordando un discurso de Einstein
en La Sorbonne, diciembre de 1929)*

¿POR QUE LOS JUDIOS?

Recuerdo haber leído hace ya largo tiempo un libro sobre el antisemitismo escrito por Bela Zekely, quien lo iniciaba así, dura y ásperamente, sin ambages:

Si la piedra va al cántaro, ¡hay del cántaro!; si el cántaro cae sobre la piedra, ¡hay del cántaro!; de una u otra forma: ¡Hay del cántaro!,

Se trataba, creo yo, de una manera muy gráfica para describir la tragedia judía de este siglo. Encerrado, acosado por los capítulos de la historia, el judaísmo le había entregado a ésta tanto contenido y trascendencia que no había dejado ningún capítulo aburrido.

*ELIMAT Y. JASON: Presidente del Comité Representativo de Entidades Judías de Chile y Vicepresidente del Congreso Judío Latinoamericano.

Cuando algunos, sino muchos a veces, se preguntaban una y mil veces, “¿Por qué los judíos?”, ya el filósofo parisino del existencialismo, el mismo que en 1964 rechazara el Premio Nobel de Literatura, Jean Paul Sartre, acostumbraba a salirles al paso: “Los judíos sólo sirven como un pretexto al antisemita. De la misma forma su contraparte utilizaría a un negro o a un amarillo”.

¿POR QUE LOS NO JUDIOS?

Sin embargo, la pregunta sigue retumbando en nuestros tiempos: “¿Por qué los judíos?” En 1968, Konstantin Jelenskin, un poeta y progresista escritor polaco, escribió en una revista parisina –*Kultura*– acerca del mitológico odio hacia los judíos. Y lo hizo partiendo desde su propia patria, Polonia, acerca de la cual Itzjak Shamir, ex Primer Ministro de Israel, había dicho que “los polacos beben el antisemitismo en la lecha materna”.

Seamos correctos. No hay respuesta a la pregunta ¿por qué los judíos? Sin embargo, sí hay una respuesta a ¿por qué los no judíos? Veamos lo que Jelenskin, el poeta polaco, decía. El afirmaba, en forma ácida y sarcástica, que “los polacos nunca odiaron a los judíos porque eran judíos”, sino porque eran sucios, hablaban el “yiddish” y no querían asimilarse y *también*, porque ellos querían asimilarse, querían hablar exclusivamente el polaco y vestirse como ellos. Los odiaban porque eran incultos y, *además*, por tener una cultura superior; porque eran supersticiosos, atrasados e ignorantes y, lógicamente, porque eran capaces, progresistas y ambiciosos. Eran odiados porque tenían una larga y ganchuda nariz y, *sin lugar a dudas*, porque a veces eran tan molesta y terriblemente parecidos a los polacos que no se les podía distinguir de los polacos “puros”; porque eran religiosos y ateos... Porque ellos eran banqueros y capitalistas, como asimismo comunistas y agitadores. *Por todo eso y por mucho más eran odiados los judíos en Polonia, mas nunca, ¡por Dios!, nunca por ser judíos...*

UN SIGLO EQUIVOCADO

Cuando las luces de este siglo, y con él, de este milenio, se apagan, podemos retrotraernos a los inicios del siglo XX y leer y releer los cálidos y luminosos pronósticos que hacían profesionales de la historia, y también los neófitos

de la historia, sobre éste, nuestro siglo. Sería, decían ellos, un siglo de avances, de paz, de comprensión y tolerancia, de una pluralidad conmovedora; en fin, de la soñada unidad del género humano. Ahora, próximo a desaparecer el siglo XX, podemos entender cuán equivocados estaban los profesionales y los neófitos.

Fue un siglo pérfido, dramático y cruel, éste. Coronado por dos guerras mundiales y más de 120 conflictos regionales, donde el hombre se transformó en bestia y la verdadera bestia, aterrada y despavorida, se alejó de él.

En este siglo, el pueblo judío vivió su más enorme tragedia. Vivió y convivió atrapado por el socialismo y el capitalismo; fue prensado por la tradición y la modernidad; apisonado entre la reforma y la revolución. Y, cuando este pueblo precintado en una Europa engreída y jactanciosa, quiso asimilarse para escapar a su devastador destino, sufrió el más aterrador y sanguinario de los rechazos.

¿Cuál ha sido el mayor de los pecados del judaísmo? ¿El eludir la absorción? ¿El ser portadores de un Dios nuevo, único? ¿El haber impuesto un Dios? ¿El pertenecer a una nación sagrada y a un pueblo de sacerdotes? No sé. Sólo sé que ante el mundo aparecía como algo diabólico, disperso, atomizado radicalmente. La verdad que nadie reparó ni objetó a los españoles que, allende los mares, se presentaran como los elegidos ante los indígenas americanos, o que los calvinistas aparecieran como los modernos Macabeos, luchando contra la helenización religiosa. O que China se presentara como el ombligo del mundo. Nadie los objetó ni los desmintió; mucho menos, los denostó y calumnió.

MITOS Y REALIDADES

Muchos nos enseñan, y nosotros repetimos automáticamente, que los bancos tuvieron su origen en los judíos, que ejercían dicho oficio en las bancas de las plazas públicas de los burgos. Pocos afirman que ellos eran los elegidos, por orden de la Iglesia, para ejercer esas profesiones desacreditadas; *y que no era propio el dinero que recolectaban, sino, supuestamente, el dinero de Dios.*

Ellos servían a la Iglesia y a la aristocracia terrateniente, porque les estaba vedado el arar la tierra, pese a que la Biblia los señala como “un pueblo de campesinos”. Así, cuando el siglo XIX desplazó a los millones de campesinos

a las grandes ciudades, se inició una rivalidad tan letal que iba a desembocar en Auschwitz.

Así, desde el siglo pasado, se empezó a tejer una serie de mitos, confabulaciones, intrigas, insidias y conjuras, presentando a los judíos como los dueños de la banca y la prensa, constituyéndose en los urgentes y necesarios garfios que movían la economía mundial. Luego, se lanzó una amarga y repudiable frase: ¡Había que eliminarlos si pasaban el Rubicón! Ello permitió a Hitler decir: “¡Los judíos deben desaparecer por completo o nos dominarán!”

LA MEMORIA Y LOS DESMEMORIADOS

Muchos historiadores, intolerantes unos, de supina ignorancia otros, aducen sin ruborizarse que así como el siglo XVI fue el Siglo Español, el siglo XVII fue el Siglo Francés; el Siglo Inglés fue el siglo XVIII y, definitivamente, el Siglo Judío fue el siglo XIX.

Después de Auschwitz nació una izquierda inteligente, extremadamente antiisraelí; y una derecha muy dura, antisemita. Nuevamente, se pensaba a los judíos: para unos, eran los enemigos en casa, los judíos; para otros, el enemigo era Israel, el enemigo externo.

Había terminado la “luna de miel” del Holocausto. Había terminado el apoyo abrumador nacido en la Guerra de los Seis Días. La “luna de miel” se quebró tan súbitamente que empezó a nacer un antisemitismo aun en países donde no existían judíos. Dicho en otras palabras, estaba naciendo lo que Bernard Shaw afirmara cínicamente: ¡Un antisemitismo sin judíos!

Un pueblo que no tiene memoria es un pueblo que no tiene futuro. Y el pueblo judío sí posee una extraordinaria memoria colectiva, donde están grabados los momentos de tinieblas y los momentos de luminosidad.

Hoy vivimos en un mundo desmemoriado. Dicen que la memoria es frágil, pero no es falsa. Con todo, hoy en día están brotando, como callampas venenosas después de la lluvia, falsos memoristas. Están naciendo los así llamados “revisionistas” del Holocausto. Uno de ellos, el británico David Irving, se autorrotula con pasmoso desenfado historiador. Y afirma: “Eisenhower era mujeriego; Churchill, ebrio; Stalin, asesino; Hitler, lógicamente, la excepción”. Agrega: “Las chimeneas de Auschwitz eran panaderías; el *Diario de Ana Frank* era falso”. Otto Frank lo demandó y triunfó. Fue acusado, impedido de visitar USA y sus libros prohibidos.

LOS "SIMPLES DETALLES" DEL NAZISMO

La extrema derecha está avanzando con su mensaje de intolerancia, xenofobia, discriminador y antisemita. Jean Marie Le Pen, con un peligroso 15% en las recientes elecciones francesas, fue desaforado de su escaño en el Parlamento Europeo por afirmar que el Holocausto era "un simple detalle en la historia mundial". Los dirigentes judíos que llevaron a cabo la querrela en su contra tenían sobre sus espaldas la rebelde frase de Leonor Roosevelt: "Nadie puede hacerte sentir inferior sin tu consentimiento".

En las juventudes hitlerianas de la Alemania nazi se acostumbraba a cantar por las calles del país:

¡Echad afuera a toda la banda de judíos;
arrojadlos fuera de nuestra patria!
¡Mandadlos a Jerusalem con una pierna menos,
para que no puedan volver!

Hubo, es verdad, una antesala al horror, a la muerte, al genocidio. Los nazis habían señalado el año de 1938 como el "año de las decisiones" en torno al destino de los judíos alemanes y europeos. Igualmente, se preparaban para la guerra, para destruir Europa y sus riquezas culturales. *Un odio profundo brotaba de las entrañas de Alemania hacia un pueblo atrapado por el nazismo.*

En ese país, la "nueva Alemania de Hitler", hace ya 60 años, se demolió ante la vista atónita del mundo, la sinagoga de Munich. El mundo calló. Luego, la sinagoga de Nuremberg. Y el mundo no dijo nada. Un año en que judíos forjaban sueños de libertad y otros, los nazis, forjaban cadenas de opresión. Sangre y muerte.

Empezaron los saqueos de negocios en masa; la destrucción y la devastación de todo lo judío. Los arrestos generalizados, las matanzas. De los 7.000 millones de marcos que poseía la comunidad judía en Alemania, el gobierno se jactaba de haber "recuperado" ya unos 2 mil millones. Todo judío debía añadir a su nombre el de Israel y toda mujer, el de Sara.

Ya los pasaportes no tenían vigencia y, cuando se otorgaba alguno, estampaban la palabra "Jude", idea de un empleaducho suizo, para evitar el ingreso de miles de judíos a Suiza, situación que efectivamente dio resultados trágicos.

El 13 de marzo de ese año los nazis se apoderaron de Austria, en medio

del entusiasmo y la exaltación masivos de la población. Cuando naciones democráticas desean apaciguar a naciones totalitarias, el precio es uno solo: la guerra.

¿DONDE ESTABAN LAS DEMOCRACIAS?

Ellas consideraban que “el problema judío” era un asunto interno de un país soberano. Querían y ansiaban la conciliación, pero olvidaron que “cuando un pueblo empieza quemando libros, termina quemando seres humanos”. USA no aumentaba las visas a su país; Gran Bretaña mantenía cerradas las puertas de Palestina; Canadá, Australia y otros países querían trabajadores agrícolas, con la seguridad mía que si los judíos de hace medio siglo hubieran sido exclusivamente agricultores, entonces hubieran pedido solamente científicos...

La Noche de Cristal fue el preludio de la Shoá, de la destrucción total, del colapso, de una ruina global. Los judíos fueron más que víctimas de la guerra, lo fueron de la negligencia, de un momento de estarcación, de la indiferencia. Toda la infraestructura de un estado moderno, incluyendo su infraestructura militar, fue destinada a un extraño y cruel fin: destruir a los judíos.

El Holocausto no nos enseña números solamente; no fue un evento meramente estadístico. Envolvió a hombres que eran perfectos padres de familia, gente como nosotros, dicen, que trabajaba en oficinas y fábricas, que cantaban, bailaban, reían, lloraban, estudiaban, iban a los restaurantes y daban grandes fiestas.

Entonces, no podemos preguntarnos cómo fue posible que *un* hombre asesinara a millones de inocentes. No fue un solo hombre. Fueron miles de hombres que llevaron a cabo el Holocausto. Fueron verdugos implacables de hombres inocentes; dueños de una crueldad que hiere y mata, siempre precedida de un proceso sistemático, perverso, que transformó a un inocente en enemigo, antipatriota y, posteriormente, en humanoide. Fueron, en síntesis, personas que no entendieron nunca que Dios había dado la vida al ser humano y, al mismo tiempo, la libertad.

Este siglo ha sido un siglo duro, pérfido. Con hambre, desigualdad, discriminación y tortura. Además, muerte. La humanidad se hace rápidamente incapaz de concebir la diversidad cuando durante algún tiempo ha perdido la costumbre de verla.

Ha sido un siglo no solamente con dolor de cuerpo, sino que ha dolido y ha sufrido el alma. El siglo XX se nos antojaba vibrante, pacífico, modernísimo; en suma, un gran bazar, donde encontraríamos muchas alegrías y pocas tristezas; donde el poder no estaría concentrado en pocas manos, pues sería extremadamente peligroso. Un siglo con un arsenal de espíritu, con mucha calma y paz. Ya, ahora, estamos viendo, con el término del siglo, cuáles fueron sus funestos resultados.

Terminamos este siglo con un fervoroso culto al cuerpo. ¿Tendrá, acaso el siglo XXI, por fin, un culto al alma? En este siglo estuvimos conectados a todo. A la computadora, a la televisión, a todo tipo de máquinas. Ello nos ha llevado a desconectarnos con el alma.

CHILE ENTRA EN ESCENA

Bien, eso sucedió hace 60 años. Y, en aquel entonces, cuando el mundo se dividía entre naciones que no querían a los judíos y naciones que tenían cerradas sus puertas, Chile dio un valeroso ejemplo de humanidad, de generosidad, *con tanta determinación y buenas acciones que se abrieron ellos mismos los portones del cielo. Parecían que llegaban de la Alemania nazi tan agotados que no podían esbozar ni siquiera una sonrisa.* Ya Albert Einstein había dicho:

Una vida vivida para uno no merece ser vivida;
una vida para otros, vale la pena ser vivida.

Ellos, los judíos que llegaron a nuestro país antes y después del Holocausto, no olvidarán a Chile, porque un amigo es aquel que llega cuando todo el mundo se ha ido. Nosotros tampoco los olvidaremos, porque nos enseñaron muchas cosas, entre ellas, que la vida no consiste en hacer grandes cosas, sino cosas pequeñas, pero muy bien hechas.

Ellos no olvidarán a Chile, porque, cuando todas las puertas se cerraban, una luz —la de la estrella solitaria— apareció en el horizonte, guiando a los refugiados judíos hacia Chile. Y un modesto y sabio profesor, del Partido Radical, subía a la más alta magistratura elevado por la votación popular. El, Pedro Aguirre Cerda, abrió las puertas y los puertos de Chile para que miles de refugiados judíos salieran a la libertad, escapando de las garras del nazismo.

EL PODER DE LA PALABRA

Cuando estalló el horror nazi, habían 8 millones de judíos en Europa. Muchos, en la Europa Occidental vivían marginados de la vida judía, integrados a las culturas nacionales. *Todos confiaban en el racionalismo, en la tolerancia, en el progreso científico.* La fama literaria resplandecía en las artes, las ciencias, la literatura.

“Los nazis, en 12 años y 4 meses provocaron la irrupción más violenta de la historia mundial. La más destructiva. La carnicería humana más devastadora”. Habían 500.000 judíos en Alemania y 400.000 en Austria. La idea satánica de la “destrucción final” no empezó hasta 1941. Primero se empobreció y se humilló a los judíos; después, el odio y la violencia más extremos. La incitación racial no fue seguida de una reacción por los demás países.

Se hablaba del “judío Einstein”; la quema de libros obligó a un profesor nazi a decir: “Estas llamas no sólo iluminan el final definitivo de nuestra era, sino que alumbran una nueva era”. ¿Esa era la era que ambicionaba la humanidad entera?

La Noche de Cristal fue un anuncio del enorme cambio que tendría la vida judía contemporánea y, después del Holocausto, nada sería igual. Dicho de otra forma: desde el Holocausto, en que se empezó a destruir la especie humana y hubo un silencio cómplice en todo el planeta, “el mundo se desantificó a sí mismo”; se acabó la santidad humana, perdió la Humanidad su condición respetable.

Verdad que hubo atisbos de justicia en Nuremberg; en Jerusalem, en algunos tribunales europeos. Y, ¿por qué no hubo un sentimiento eterno de venganza dentro del alma judía que existe en el interior del pueblo de Israel? Quizá el nacimiento del Estado de Israel orientó hacia la defensa del nuevo Estado esos sentimientos.

Si un Salmo nos dice: “Fui joven, ya soy viejo, nunca vi al justo abandonado, a su linaje mendigando pan”, ¿por qué en nuestro tiempo sí hubo gente justa que fue abandonada; gente que había sido tatuada como ganado, portando sus brazos con números que hoy avergüenzan al ser humano?

Otros aducen que la palabra de una personalidad mundial, de reconocido prestigio y estatura moral, hubiera ayudado a disminuir en forma drástica las consecuencias del Holocausto.

Luego, callar en tiempos de tiranía se torna en un escándalo, que niega

la solidaridad y la luz en tiempos en que la sociedad requiere dramáticamente de ella. *La impunidad permitió así un doble triunfo a la tiranía y al totalitarismo.* Primero, aniquilar y diezmar a millones de seres humanos inocentes; luego, destruir el alma en que debe cimentarse la democracia para poder construir un mundo mejor.

Y me pregunto, sin encontrar aún respuesta: ¿Acaso no pudo Emil Zolá en su famoso *Yo acuso*, hoy en día reproducido en forma gigantesca en la fachada de la Asamblea Nacional en París, remecer la conciencia de una Francia dura y antisemita? ¿Acaso debieron esperar para declarar inocente al judío Dreyfus que el verdadero culpable, un arruinado y vicioso oficial perteneciente a la aristocracia, se suicidara en la cárcel? ¿Acaso Francia debió esperar que el agregado militar alemán que recibiera los documentos secretos fuera herido mortalmente en el frente ruso durante la I Guerra Mundial y dijera sus últimas palabras: “¡Dreyfus es inocente!”, para que la Francia de principios de siglo se librara de su extremismo derechista y antisemita?

El entendió que la negación de los derechos humanos es pavimentar el sendero de la tortura, la violencia y la muerte. Por ello luchar por los derechos humanos es una de las más nobles expresiones de la ética. Zolá comprendió que silenciar los derechos del ser humano era silenciar la verdad y la justicia.

Si Zolá lo hizo a fines del siglo pasado y conquistó la gloria y la inmortalidad, también durante el Holocausto, de actuar alguien importante y moralmente reconocido, azotando el paganismo nazi y denunciando, *urbi et orbi*, las atrocidades hitlerianas, hubiera salvado muchas vidas o, al menos, la tranquilidad de su propia conciencia antes de morir. ¡Pero el silencio siguió escuchándose en todo el mundo hasta que no hubo más combustible humano en Auschwitz!

¿CUAL ES EL ROL DE LA SOCIEDAD CIVIL?

Puede y debe salir al frente un hombre, una mujer; pero, si ello falla, ¿no debe la sociedad civil salir al frente? Una sociedad civil lo expresan sus mujeres y sus niños; sus jóvenes, sus adultos mayores y sus estudiantes; sus obreros en las usinas y sus trabajadores en el campo; los ricos y los pobres, aun los postergados y aquellos que pertenecen a las minorías olvidadas.

El Mal apareció en las sociedades más civilizadas de Europa. Pero

también hubo destellos del Bien. Sólo a fines del siglo pasado, y, durante la II Guerra Mundial, fue Dinamarca la que alumbró al mundo civilizado con uno de esos destellos. La visión apocalíptica de las cámaras de gas, del infierno de Auschwitz, todo ello nos lleva a preguntarnos si después del Holocausto la poesía tiene sentido. Sentimientos perversos, un orden sicótico de un megalómano paranoico que quiso deshumanizar y, luego, bestializar a sus prisioneros, olvidando él mismo que las bestias eran ellos, los que lo siguieron mansa y silenciosamente.

Freud decía que el recordar previene el repetir.

Una bomba estalla y termina, pero las ideas siguen y horadan el cerebro democrático.

Esa sociedad civil deberá ser capaz de nuevos avances y, básicamente, de nuevas leyes para analizar y juzgar los nuevos y más terribles crímenes de nuestros días. Para ello, debemos tener líderes capaces que vean con sus ojos y no que guíen con la cola. ¿Podemos juzgar a un neonazi con las mismas leyes con que se juzga a un ladrón de gallinas? Hay que renovar y modernizar las leyes para los nuevos crímenes que cometen hoy los seres humanos.

La sociedad civil debe levantarse contra las injusticias de los discapacitados, los humillados por estar enfermos de SIDA, por poseer una identidad sexual diferente, por ser marginados por tener una distinta creencia religiosa, por ser excluidos por sus convicciones políticas o por el testimonio y consecuencias de las luchas por sus ideales. ¿Serán ellos los nuevos judíos de nuestros tiempos?

Debemos crear una ética contra la intolerancia, la que no quiere aceptar la existencia de pensamientos y conductas diferentes a los que nos impone la cultura dominante. Dicho de otra manera: La tolerancia representa una lectura moderna y amplia de los derechos humanos. Esos principios deben tolerar y respetar los derechos humanos de todas las personas, incluyendo por cierto los de los enemigos.

Pero, a entender bien. La tolerancia tiene un límite. No podemos tolerar las violaciones a los derechos humanos, los genocidios, las reacciones violentas y las matanzas del terrorismo, vengan todos ellos de donde sea.

La tolerancia exige respeto a la vida, al pluralismo, a las ideas y una oposición clara y urgente a la violencia y a la violación de los derechos humanos.

PUNTO FINAL CON BENEDETTI

Hoy en día ya se alzan voces gentiles y judías aduciendo que no es necesario tantos museos del horror judío; basta Yadvashem, afirman; que el museo del holocausto de Washington es un museo de plástico y de cartón; que el inaugurado en New York ya es demasiado; que para qué el museo de la tolerancia. No, mil veces no. Hay museos en todo el orbe con huesos de animales, de fósiles, de la prehistoria y nadie aduce que son demasiados para conocer el recorrido del hombre por la historia. Entonces, nunca serán suficientes los museos para recordar al mundo el recorrido del hombre asesinando al hombre en esa trágica noche de la historia en que se volvió bestia.

Dentro de poco, quizá ya no habrá nadie que os diga: “¡Yo estuve en Auschwitz! ¡Yo soy un sobreviviente!” Y se acrecentarán las dudas si acaso realmente existió el Holocausto. Si no lo fue, “¡Que me devuelvan a mis 6 millones de hermanos!” *Por ello, ¡no hay perdón!, ¿quiénes somos nosotros para perdonar? ¡No hay olvido! El olvido no es más que aquella planta que crece en los pies de los cementerios.*

¿Deben, acaso, los judíos recordar y seguir recordando el Holocausto y sus seis millones de hermanos cercenados? Después de todo, “si un judío fue condenado a muerte en Jerusalem por el Imperio Romano hace dos mil años y el mundo no ha cesado de hablar acerca de su muerte, ¿por qué nosotros, los judíos no tenemos el derecho, el deber, de mantener viva la memoria de 6 millones de muertos?” Después de todo, los cristales rotos hace 60 años aún tienen adherido grumos de sangre judía, pedazos de la Torá, humo y voces humanas que nos piden que sigamos recordándolas, que sigamos llorándolas, que sigamos hablando en vez de ellas, porque ellas ya no pueden hablar.

La Noche de Cristal fue el preludio de la Shoá, de la destrucción total, del colapso, de una ruina global. Los judíos fueron más que víctimas de la guerra, lo fueron de la negligencia, de un momento de estarcación, de la indiferencia. Toda la infraestructura de un estado moderno, incluyendo su infraestructura militar, fue destinada a un extraño y cruel fin: destruir a los judíos. Hace más de tres décadas el mundo observó un asesinato en la televisión: John F. Kennedy. Después, vimos la guerra en Vietnam en las cámaras de televisión. Recientemente, la operación Tormenta del Desierto y su más reciente secuela, la operación Zorro del Desierto. También, las

muerdes en Africa y las limpiezas étnicas en Yugoslavia. Hoy, bombas inteligentes nos llevan a ver el impacto directo en los objetivos. Y la pérdida de vidas es inevitable.

Con todas estas muertes y asesinatos, ¿por qué no es justo y cuerdo el seguir recordando y estudiando lo que pasó con el pueblo judío hace más de 60 años?

En nuestros días hay, a no dudar, una excusa para todo. Es el imperio de lo ex: ex URSS, ex Muro de Berlín, ex Yugoslavia; ex terminio; ex tremismo; ex tirar; ex torsionar; ex tinción; ex pulsar; ex ilio. Este fue el siglo de George Orwell (un mundo caótico) y no el siglo de Huxley (un mundo feliz). La TV nos exige a cada momento ¡Compre ya! ¡Ya! ¡Ha llegado el momento del Ya! ¡Viva el Ya! ¡Cambie al Ya!

Un chico vio cómo una mariposa luchaba dentro del capullo por salir. Le dio pena y rompió el capullo para que pudiera salir. *La mariposa pudo salir, pero nunca pudo volar.* He aquí una lección maravillosa: Hay que dejar a los seres humanos crecer dentro de su diversidad, de su propia individualidad; hay que respetar las ideas y los pensamientos de los demás. La sociedad en su conjunto se engrandece y se enriquece; se hace más sólida éticamente cuando aprende a escuchar a los demás, a dejarlos libremente desarrollar sus propias alas y, luego, permitirles volar libremente. Romper el capullo, significa truncar a la mariposa en cuestión, que fortalecía ella sola sus alas hasta que éstas se desarrollaran lo suficiente como para poder volar libre, feliz, hasta las alturas.

Por ello, entendamos que en nuestra sociedad, vivir no significa crecer con alas prestadas, o dicho en otras palabras, estar uno al lado del otro. Uno se dignifica volando con sus propias alas, viviendo uno con el otro. *Vivir lado a lado es un hotel. Siendo parte uno del otro, es una sociedad.* Uno con el otro, podremos enfrentar los retos de estos años difíciles.

“Yo no soy un ser humano completo sino conmigo y los demás; no soy un ser humano completo si no aprendo de otros seres humanos, si no construyo mi individualidad en diálogo con otras individualidades”. La sociedad civil se construye desde abajo, no desde arriba. Nos necesitamos mutuamente, debemos superar el desencanto. Porque si no, ¿cuál será nuestro destino?

La pensadora Jana Arendt nos lo dice cuando afirma que debemos preguntar no solamente por los derechos nuestros, sino de los demás; de aquellos que no son como yo; que no piensan, que no viven como yo; que tienen otra cultura, sexualidad, religión o que simplemente no tienen

religión. En suma, la ciudadanía se desarrolla en democracia y democracia es, ante todo, el derecho a tener derechos.

Hay, a no dudar, prácticas discriminatorias en nuestro país y en nuestro presente que debemos luchar por desterrar. Lo blanco, afirman sin rubor, vale más que lo negro; ni qué dudar que vale más que lo indígena, lo mapuche. Lo macho es más orgulloso, más fuerte y prepotente que lo femenino. La edad madura está repleta de nuevas y óptimas oportunidades que aquellos que incursionan en la tercera edad o que se asoman a la vida. ¿Acaso no tenemos en nuestra vida religiosa una religión más dominante que otras, no por sus reflexiones sino por el simple hecho de ser minoritarias? Por ello el Holocausto, con toda su tremenda historia de sangre y silencio humanos se nos presenta una y otra vez diciendo: ¡Hay mucho aún que hacer para lograr la justicia social! Sin embargo, toda vez que sigamos en los puestos de lucha dentro de toda la sociedad civil, bregando por la tolerancia, la diversidad, el pluralismo y la democracia, estaremos cumpliendo un rol que el nazismo y el totalitarismo quisieron borrar de nuestros espíritus.

Quiero terminar recordando aquí un extraordinario poema de Benedetti, aquel inolvidable Mario Benedetti que nos habla de un grupo de militantes políticos que se hacen críticas y reprimendas mutuamente. El anarquista contra el trotskista, el trotskista contra el comunista, el comunista contra el demócrata-cristiano, el demócrata-cristiano contra el derechista.

El poema concluye:

Al final vino el camión militar y se los llevó a todos juntos.

Caín ha matado, ha asesinado, pero existe un derecho a la vida y es Dios quien afirma ese derecho.

Por ello, no destruyamos lo mejor que tenemos. El ser personas capaces de reforzar la democracia, el tener la valentía para denunciar las injusticias. Entendamos que respetando la diversidad podremos construir un mundo mejor, el mundo de nuestros hijos.